

Vich, y la presencia de los Obispos allí reunidos con motivo de su consagración, para modificar algunas Reglas y añadir otras tocantes al buen gobierno. Retocadas de este modo las Constituciones, las presentó á la aprobación de dichos Prelados, los cuales pusieron al pie de ellas sus autorizadas firmas en señal de aprobación. Como consta de las notas manuscritas del Siervo de Dios, gestionó él activamente en Roma, á la vez que la aprobación definitiva de nuestras Constituciones, la aprobación del Instituto de las Hermanas terciarias como Congregación religiosa de votos simples. El 11 de Febrero de 1870 el Santo Padre concedió la aprobación de entrambas cosas; el 16 de Marzo se extendió y firmó el decreto, y el 21 del mismo mes fué entregado al Excmo. Sr. Claret. Las Constituciones de las Hermanas fueron aprobadas más tarde de un modo temporal ó *ad experimentum*, como se dice, el 13 de Diciembre de 1876, y de un modo definitivo el 20 de Julio de 1880.

En el decurso de la Vida veremos aún cómo el P. Claret las ayudó siendo Arzobispo; por ahora baste lo apuntado, pues deseo exponer con brevedad el impulso que al Instituto de carmelitas terciarias dió la prudente y sucesiva dirección de los hermanos PP. Esteban y Bernardo Sala.

Ya en 17 de Septiembre de 1849, dos meses después de fundada nuestra Congregación, escribía el P. Claret al Dr. Caixal que él, con el P. Esteban Sala, estaban dando ejercicios á sus monjas de El Escorial, y que el señor Obispo quería encargárlas una cosa hartó pesada, que no era otra sino la dirección espiritual y temporal de las carmelitas terciarias ó monjas escorialesas, como vulgarmente se las llamaba. Mas esta carga no pesó sobre los hombros de la Congregación hasta que aprobadas, según se ha dicho, las nuevas Reglas del Instituto, reformadas y completadas por el P. Claret, el Ilmo. Sr. Casadevall, como Superior nato de las Hermanas, mandó á éstas que se conformasen con lo acordado y que lo cumpliesen en todas sus partes; y como por un lado la salud de la Madre Fundadora comenzaba visiblemente á decaer, y por otro no había nadie que tuviese el título de Director general, conforme se disponía en las nuevas adiciones, convencido dicho señor de la urgente necesidad de remediar esta falta, y admitida la renuncia que de la dirección espiritual de las Hermanas le hizo el Rdo. P. Bach, confirió el insinuado cargo al Rdo. P. Esteban

Sala, Superior de nuestra Casa misión, el cual tomó posesión de su nuevo destino á últimos de Febrero de 1851.

No era entonces muy halagüeña la situación de la Casa-matriz. Tenía prevenidos aún contra sí los ánimos del pueblo, por lo cual escaseaban mucho las limosnas. De aquí resultó tal pobreza y estrechez, que para no morir de hambre hubieron de pedir dinero prestado, y cuando el P. Esteban comenzó á dirigir las adeudaban ya muchos miles, sin tener con qué pagarlos. A la penuria temporal se había seguido también más ó menos el resfriamiento del fervor, efecto de las mismas ansias y congojas en que las ponía la carencia de los recursos humanos; y como por esta misma causa no les entraban novicias, el Instituto hubiérase de seguro arruinado á no ser por la oportuna y providencial intervención del P. Esteban. Comenzó éste, como varón verdaderamente iluminado de Dios, por levantar el espíritu y fervor de las Hermanas, haciéndoles observar con escrupulosidad todas las Reglas, las alentó para que confiaran en aquel Señor que nunca desampara á los que fielmente le sirven, y luego, para sacarlas de tan triste situación, puso en práctica todos los medios que la prudencia le aconsejaba. Comenzó por hacerles vender algunos muebles innecesarios y hartó lujosos para el estado de pobreza á que se hallaban reducidas, y en poco tiempo se dió tal maña en arreglar las cosas que pagó todas sus deudas y aun quedaron en caja los suficientes recursos para su honesta sustentación. Reanimado el Instituto al ver que tenía á su frente una mano tan fuerte y decidida para gobernarlo, cobró nuevos bríos é hizo notables progresos, así en la parte material como en la espiritual, así en lo relativo á la instrucción civil como en lo concerniente á la religiosa; pues de una parte el prestigio de que gozaba su nuevo director atrajo á su seno muchas jóvenes de capacidad y luces que á su tiempo han dado mucho realce á la Corporación, y de otra la autoridad que le permitía desplegar su nueva posición, junto con el apoyo que le prestaba la Madre Fundadora y el acierto que tuvieron en la elección de los medios de que debían valerse para perfeccionar la obra, dieron por resultado un notable mejoramiento en todos los ramos de la administración, y la fundación en aquel mismo año de los establecimientos de Sampedor, Cadaqués y Caldas de Montbuy, todos para hospital y enseñanza.

Aunque era tan ventajosa para las Hermanas la dirección del P. Esteban, y bajo ella, no sólo se extendían y multiplicaban, sino que las novicias se perfeccionaban en la virtud y en las letras para poder un día desempeñar con brillantez el cargo de maestras en las principales ciudades, no lo era tanto para nuestra Congregación, de la que era entonces Superior el referido Padre, porque las muchas atenciones que aquel cargo le exigían impedíanle aplicar toda su actividad para fomentar y acrecentar la Comunidad de Misioneros que tenía á su cargo. Advirtióle de esto respetuosamente el P. Xifré; y como el P. Esteban era tan humilde y prudente, siguió al punto el consejo de dicho Padre, y así se avistó con el señor Obispo para que le exonerase á él de aquel empleo y lo diese, si lo tenía á bien, á su hermano el P. Bernardo, varón de mucha prudencia y sabiduría y que parecía cortado para aquel cargo. Por otro lado, la salud del P. Esteban, con los excesivos trabajos emprendidos por la gloria de Dios, estaba ya muy gastada, y obligarle á sostener la dirección de dos Institutos religiosos equivalía á precipitarle en el sepulcro. Movido el Ilmo. señor Palau, que era á la sazón obispo de Vich, por las razones y súplicas del P. Esteban, le admitió la renuncia, y en 2 de Junio de 1854 hizo el nombramiento de Director general en su hermano el P. Bernardo Sala, y para el de Vicesuperiora general nombró á la Hermana Paula Delpuig de San Luis, porque la Madre Fundadora se había ya imposibilitado para el gobierno á causa de sus achaques, que, unidos al cólera que tantos estragos hizo en aquel año, le causaron la muerte el 28 de Agosto de 1854, yendo al cielo á disfrutar del premio de sus extraordinarias virtudes.

Bajo la prudente dirección del P. Bernardo, que duró muchísimos años, el Instituto adquirió extraordinario vuelo en toda la Península, á lo cual contribuyó no poco el P. Claret, que dirigió hasta su muerte la conciencia de la Superiora general, y la aconsejaba y favorecía en todas las obras que llevaba á cabo. Este humilde Instituto, reanimado y vigorizado por nuestros primeros Padres, cuenta hoy día 129 entre casas y colegios, con más de mil trescientas Hermanas, que dan sólida instrucción á unas veintiséis mil alumnas de todas clases, y cuidan á muchísimos enfermos y á otras personas albergadas en sus casas. Como crecidas al calor de nuestra Congregación,

pretendieron, agradecidas, tener un mismo Superior general que nosotros; pero no se juzgó prudente, y así cada uno se gobierna independientemente del otro, y la Sagrada Congregación, al aprobar de un modo definitivo las Constituciones de las Hermanas, puso en términos expresos que su Instituto fuera gobernado por una Superiora general, salva la jurisdicción de los Ordinarios, de conformidad con lo que prescriben los sagrados Cánones y las Constituciones apostólicas. El P. Bernardo, para alentar á las Hermanas, publicó en Vich el año 1861 la historia de su Instituto, que sirvió de base á la vida de la Fundadora, que no ha mucho dió á luz el eminentísimo cardenal D. Benito Sanz y Forés, arzobispo de Sevilla.

Por lo dicho en este capítulo se podrá entender la trascendencia de la obra llevada á cabo por el P. Claret con la fundación de la Congregación de Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María, que fué ya desde un principio, no sólo poderosísimo auxiliar de los Ordinarios para dar el pasto espiritual á sus fieles, sino también alma y vida de muchas piadosas Asociaciones y de Institutos religiosos que tanto bien han acarreado á España con la enseñanza religiosa y con el ejercicio de heroica caridad junto á la cabecera de los enfermos. La larga distancia que luego separó á nuestro Fundador de sus amados Misioneros y de todas las obras á que había dado tan vivaz impulso en España, le impidieron en Cuba continuar, á lo menos con tanta frecuencia, sus relaciones con los primeros Padres y con las obras que le eran más caras, y así, por no interrumpir el hilo de la narración por tan pocas cosas, he juntado en este capítulo todo lo referente á la Congregación hasta que volvió de Santiago de Cuba nuestro amadísimo Padre. Más adelante veremos el desarrollo providencial que adquirió la gran obra del P. Claret luego que el Señor la favoreció poniendo á su frente el hombre extraordinario que necesitaba para luchar sin intimidarse con todo género de dificultades, para arrostrar con valor toda suerte de peligros, y con mano robusta encaminarla, sin torcer nunca, hacia su fin. Ya hemos trazado las líneas generales de ese carácter enérgico y fuerte con la fortaleza de Dios al hacer notar con tanta insistencia que el P. Xifré era el compañero principal destinado por la amorosa providencia del Señor para ayudar á su fiel Siervo en la heroica empresa de la fundación de nuestro Ins-

tituto, y por esto infundió en su alma tanto cariño á la Congregación, manifestado ya desde el principio de muchas maneras, mayormente en el fervor con que celaba por su gloria y por su buen nombre. Sólo, por tanto, cuando veamos al naciente Instituto ramificarse por Europa, África y América con señales de perdurable vida se apreciará por completo la grandiosidad de la obra del P. Claret, aunque ya, por lo indicado en esta primera parte de su vida, se deja entender en algo su excepcional importancia. Ahora sólo nos falta, para completar este primer período de su vida apostólica, examinar lo interior de su alma haciendo resaltar las heroicas virtudes que hicieron de él un santo Misionero. Pero esto se dirá más largamente en el capítulo que sigue.



## CAPÍTULO XIII

### DE LAS VIRTUDES APOSTÓLICAS DEL PADRE CLARET

1. Su celo y rectitud de intención. — Pasaje notable de sus Manuscritos. — Su lenguaje apostólico. — 2. Su recogimiento y mortificación. — Extraordinaria modestia de sus ojos. — Cómo cortaba las conversaciones inútiles. — Su gran abstinencia. — Penitencias que hacía. — Respeto que infundía su modestia. — 3. Humildad del Siervo de Dios. — Comparaciones de que se valía para arraigarse en el conocimiento de su nada. — Tristeza que el Señor le enviaba entre los aplausos para mantenerle en humildad. — 4. Mansedumbre de su corazón. — Admirables reflexiones del P. Claret sobre esta virtud. — Cómo trabajó para vencer su carácter. — 5. Su voluntaria pobreza. — Providencia del Señor en alimentar á su Siervo. — Limosna de un mendigo. — Un ángel en forma de niño le ayuda á pasar el río Besós. — 6. Obediencia del Siervo de Dios. — 7. Su amor á Dios y al prójimo. — Cómo aman los santos las criaturas. — El cordillo que busca refugio en el P. Claret. — Cómo en la práctica de la caridad están cifradas todas sus virtudes apostólicas.

1. "Cicerón, cuando habla del orador, dice que debe estar instruído en todo arte y ciencia: *In omnibus artibus, et disciplinis instructus debet esse orator*. Yo digo que el Misionero apostólico debe ser un dechado de todas las virtudes, ha de ser la misma virtud personificada; á imitación de Jesucristo, ha de empezar por hacer y practicar, y después enseñar. *Caepit facere et docere*. Con las obras ha de poder decir lo del Apóstol: "Imitadme á mí, así como yo imito á Cristo. *„Imitatores mei estote sicut et ego Christi.*"

Con estas hermosas palabras comienza nuestro Padre en sus *Apuntes biográficos* á describir las virtudes propias de un Misionero, y de seguro que no podíamos hallar otras mejores para encabezar este capítulo, en el cual, con el auxilio del Señor, trazaremos el verdadero retrato del P. Claret como Misionero apostólico. Y comenzando por lo que constituía la nota dominante de su carácter, por lo que formaba su ideal, su modo de ser propio y peculiar suyo, por lo que era vida y alma de todos sus actos, el celo por la gloria de Dios y la sal-